10



EL OBISPO DE CADIZ

A TODOS LOS NATURALES

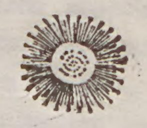
VECINOS Y HABITANTES DE LA MISMA

CON MOTIVO

DE LA CONTINUACION

DE LA OBRA

DE LA NUEVA CATEDRAL.



EN CADIZ AÑO 1832.

EN LA IMPRENTA DE LOS HEREDEROS DE DON NICOLAS GOMEZ DE REQUENA, CALLE DE LA AMARGURA NÚM. 5.

Á cargo de D. Eusebio Diaz Malo.

NOS DON FR. DOMINGO de Silos Moreno, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostolica, Obispo de Cádiz y Algeciras, del Consejo de S. M. &c.

A todos los naturales, vecinos y habitantes de esta M. N., M. L. y M. H. Ciudad de Cádiz nuestros amados hijos, salud en nuestro Señor Jesucristo.

Os anunciamos con el mayor gusto y complacencia de nuestro corazon un grande gozo, que debe serlo para todos, pero especialmente para los que habeis nacido en esta hermosa Ciudad, ó teneis el honor de pertenecer á ella. La nueva Catedral, ese edificio raro y singular en su clase, por los diversos órdenes de Arquitectura que se admiran en él, y de un gran mérito por la variedad de jaspes, mármoles y otras muy estimables piedras, que se ven colocadas en su fábrica, hermoseadas con diversidad de adornos; ese edificio, que luchando con los terremotos, tempestades y borrascas del inmenso Oceano su vecino, subsiste aun defendiéndose de tan

terribles enemigos, sin mas armas que su solidez y firmeza; despues de ciento y diez años que se empezó y treinta y ocho por lo ménos que ha estado abandonado, sin que en tan dilatado tiempo se le haya añadido ni una sola piedra, va por fin á ponerse en disposicion de que puedan celebrarse en él los divinos oficios, y tributarse al Dios de vuestros Padres el culto que éstos se propusieron rendirle á costa de las mas grandes espensas y sacrificios. Esta es la feliz nueva, que precisamente ha de conmover vuestro religioso corazon, y hacer que rebose en una santa y dulce alegria al ver verificado lo que con tantas ansias desearon, y no vieron vuestros abuelos. La Divina Providencia, que por caminos y medios no conocidos à los hombres conduce todas las cosas à sus fines fuerte y suavemente, parece ha querido ostentar en esta ocasion la certeza de esa máxima, tan repetidamente inculcada en las Divinas Escrituras. Porque á hablar con franqueza. Si en los dias de su esplendor, de su abundancia, y en tiempos que corrian por las calles de Cádiz rios de oro y plata, no pudo rematarse una obra en la que se habian espendido ya mas de treinta millones de reales. ¿Cómo parecerá prudente pensar siquiera llevarla al cabo en una época en que, al mayor auge ha sucedido la decadencia, la pobreza y escasez à la riqueza, en esta Ciudad digna por cierto de mejor suerte?

Pues ved ahí, amados hijos nuestros, el dedo

de Dios: ved ahí el influjo secreto de sus insondables disposiciones. ¿Y cómo éstas han podido traslucirse para resolvernos à una empresa à que no se atrevieron tantos dignísimos y celosísimos Predecesores nuestros, amedrentados sin duda por las sumas inmensas que se creian necesarias al efecto? Os lo diremos sin rebozo. Desde el momento en que nos vimos en medio del rebaño, que sin ningunos méritos nuestros, ha confiado à nuestra vigilancia el Pastor de los Pastores, y entramos por primera vez en la Santa Iglesia Catedral para dar gracias al Señor por habernos dejado llegar à ella con salud, fuimos sorprehendidos al considerar que no correspondia su casa principal en esta Capital de la Diócesis Gaditana, à las que habitan los hombres de algun rango y conveniencias en ella; y se afligió aun mas nuestro corazon cuando fuimos advirtiendo despues, que al paso que el orden, esmero, limpieza y aseo competian generalmente en esta linda poblacion, nada de eso se veia en la morada y mansion de todo un Dios, reputándose ésta con mucha razon por un sábio de estos tiempos mezquina y enana. (*)

Aumentose nuestra sorpresa viendo en un total

(*) *Don Juan Agustin Cean-Bermudez, en su ilustracion à las noticias de los Arquitectos y Arquitectura de España del Sr. Llaguno, tom. 3º fol. 93.*

abandono y sin esperanza de que tuviese fin la nueva, estando al plan y diseño primitivos. Apesar de todo, jamás desconfiamos, de que acordándose algun dia nuestro Dios de la religiosidad, y desprendimiento de los que la comenzaron en honor y gloria suya, removiese todos los obstáculos, y allanase todas las dificultades que impedian su prosecucion, proporcionando medios para ella. Sobre este tan interesante objeto han sido repetidas y frecuentes nuestras conversaciones con todos los que pudieran ayudarnos á desembarazar los tropiezos, que sucesos imprevistos oponian à que tuviesen efecto nuestros deseos; hasta que por fin el Sr. D. José Manso, Gobernador Político y Militar de esta Plaza, animado de los mas religiosos sentimientos, y condolido no menos que vuestro Obispo de los destrozos que esta obra de la munificencia de Cádiz, ha sufrido y sufre por el abandono á que se vé reducida, se nos presentó con la bondad que le caracteriza, decidido á cooperar con todo el influjo y recursos propios de su alto destino y autoridad para que cuanto antes se continuase y pudiese servir para el divino culto. Su infatigable zelo por el bien de este pueblo; su prevision, de que, cesando la franquicia de su Puerto habian de quedar paralizados muchos brazos sin tener ocupacion con que atender à la subsistencia de tantas familias expuestas à verse sumergidas en la miseria por falta

de trabajo con que ganar un pedazo de pan, le habian empeñado de tal suerte en este grande negocio, que cuando llegó á hablarnos de él, tenia desvanecidos y allanados los grandes estorbos que ofrecia el proyecto, y estaba bien asegurado por un sábio Arquitecto, Académico de mérito de las Reales de San Fernando de Madrid y de San Cárlos de Valencia, que si bien podia desconfiarse prudentemente de la conclusion de la nueva Catedral, siguiendo el plan gigantesco de su cúpula, yá por el mucho dinero que se reputaba necesario para ella, yá por no poder sostener los arcos torales deteriorados su enorme peso, era muy factible cerrarla de un modo decoroso que no desdijese del resto del templo y con no grandes sacrificios, de manera que quedase en disposicion de tributarse en él al Supremo Ser el culto y homenage que prescribe nuestra augusta y Santa Religion, y á cubierto de los estragos del tiempo que al fin acaba con todo.

No podemos ponderaros cuanta fué nuestra complacencia con el convencimiento de que habia deparado el Señor á nuestro Gobernador por principal promotor de esta grande obra, olvidada tanto tiempo há. Asi es, que no titubeamos un momento en resolvernos con su apoyo á practicar cuantas diligencias creimos oportunas para continuarla, por que juzgamos ser de Dios, confiados en su poderoso auxilio. El primer paso fué comunicar esta

determinacion á nuestro Illmo. Cabildo, al Excmo. Ayuntamiento y á la Real Junta de Comercio, invitàndoles, á que si merecia su aprobacion, tuviesen à bien elegir un individuo de su seno para que con Nos y el Sr. Gobernador tratasemos de consuno el discurrir medios para realizarla. La respuesta de tan respetables corporaciones, fué la que nos habiamos prometido de su ilustracion, religiosidad y celo por el mayor culto de nuestro Dios, y lo prueba bien que à pocos dias de habernos reunido en una junta particular nuestro Illmo. Cabildo se prestó á un sacrificio superior à sus cortas facultades: el Excmo. Ayuntamiento no se mostró ménos generoso, proponiendo al Rey nuestro Señor un arbitrio, sin gravamen del público, que con su Real munificencia se ha dignado aprobar, siguiendo los impulsos de su grande corazon siempre propenso á distinguir su reinado con obras de necesidad, utilidad y ornato como lo atestiguan esas atrevidas empresas del Canal de Castilla, el de Llobregat en Cataluña, camino de Burgos á Bercedo y otras muchas; y la Real Junta de Comercio, à cuyos recursos se debe una gran parte de lo ya edificado, se ofreció à continuarlos en cuanto permitiesen las críticas circunstancias en que se encuentra en el dia. Por nuestra parte ofrecimos todo lo que den de sí nuestras mezquinas rentas y reducirnos, si és posible, aun à mayor economia en nues-

tros gastos para que resulte algun sobrante. En la misma junta tratamos de economizar cuanto fuese posible, no admitiendo empleado alguno que no sea de una necesidad absoluta en la obra, y con ese fin nos comprometimos con el beneplacito de la Junta à ser el depositario de cuantos caudales se recogiesen para aquélla, y el Señor Gobernador por principal inspector para promoverla hasta el mecanismo de revisar y ajustar todos los materiales necesarios.

Restaba aun otra precisa diligencia; à saber: la aprobacion por la Real Academia de San Fernando, de la planta, alzado y secciones de la cúpula que habian sido trazadas por el Arquitecto mismo de que se ha hecho mencion, y de la confianza de la Junta. Aquél cuerpo cientifico no se detuvo un momento en manifestar cuan grato le habia sido el proyecto de continuar la nueva Catedral y aprobó el diseño, remitiendo el instrumento correspondiente sin la menor demora, y con él nos apresuramos à preparar todo lo necesario para dar un dia de regocijo à este leal y noble vecindario, prosiguiendo la obra parada tantos años, y casi entregada à un eterno olvido. Ved pues ya, religiosos Gaditanos, que se trabaja en vuestra nueva Iglesia, con la esperanza fundada de que no ha de interrumpirse hasta que veais colocado en su Tabernáculo el Santo de los Santos y la Santísima Cruz su titular, signo de nuestra redencion y terror del infierno.

Pero ¿con qué fondos se cuenta, nos direis, para una empresa tamaña, que ha de ocupar muchos hombres y mucho tiempo, en el grande y delicado trabajo de un templo tal como la nueva Catedral de Càdiz? ¿En dónde encontraremos caudal suficiente para poner término à un edificio en que se han consumido tantos millones, de manera que pueda residir en él el que hinche todo el universo, sino con la decencia y decoro que pide la excelencia de su sér infinito, al ménos con todo el posible que de suyo exije el primero de este Obispado? ¿En donde? en vuestra acendrada religion, amados hijos nuestros, en vuestro grande corazon, en vuestro zelo ilustrado por el mejor culto del autor de vuestra vida, del dueño de vuestros corazones y redentor de vuestras almas. Ahí és donde nos prometemos encontrar un manantial inagotable, que nos suministre cuanto se necesita para que logremos la gran dicha à que aspiramos de ver acabado el Tabernáculo del Señor.

Bien conocemos y palpamos el trastorno que ha tenido el comercio y tráfico de esta Plaza, y la penuria á que se vé reducida, habiéndose obstruido el canal por donde le venia su riqueza antigua; pero aun así estamos intimamente penetrados de que si aquélla no os permite manifestar vuestra generosidad y franqueza del modo que lo hicisteis en otro tiempo para la fábrica del Palacio del Rey de las

virtudes, contribuireis con lo que buenamente os sugiera vuestra bien notoria piedad para que se acabe cuanto antes. A esto os exhortamos con toda la efusion de nuestro corazon ácia vosotros; convencidos de la necesidad de la obra y de lo agradable que debe ser al Señor cualquier sacrificio que hagais por su respeto y por su amor. Os consta, y está bien patente á la vista de todos, que es tal la estrechez y poca capacidad de la Catedral destinada en el dia para honrarle y reverenciarle, que no pueden celebrarse en ella las funciones eclesiásticas con el desahogo, magestad y decoro que exijen en la Iglesia matriz estos actos religiosos. Conoceis por otra parte, que es indispensable poner un dique à la destruccion total que amenaza á la nueva, que si no se cierra vendrá à ser devorada por el tiempo y desperdiciados los tesoros que se consumieron en ella. Tampoco se os oculta que es necesario socorrer de un modo prudente y racional tantos miserables que seràn víctima de la indigencia, si no se acude á proporcionarles trabajo con que evitarla, concluida la franquicia de este Puerto. Si pues en alguna ocasion puede presentarse á vuestra vista la obligacion de desprenderos de lo que ha depositado en vuestras manos el distribuidor de todos los bienes, que enriquece y empobrece, humilla y ensalza cuando le place, ¿no es ciertamente la que hoy nos precisa á

excitar vuestra generosidad, vuestra piedad y vuestra misericordia?

Además de que, vuestro mismo honor clama por que el Autor de la única verdadera Religion tenga un Templo que no sea menos célebre que el que la antigua Cádiz tuvo dedicado à Hércules en una de sus Islas; y es bien sabido por la historia y la tradicion, que este era uno de los mas famosos del mundo por su antigüedad, grandeza y magnificencia, en el cual el padre de la mentira y mentiroso desde el principio era adorado en aquella falsa deidad con las ridículas supersticiones del Gentilismo; ¿y no es mengua de Cádiz Cristiana carecer de lo que tuvo gentil? ¿no es muy estraño tambien, que admirando cuantos concurren á ella de todas las naciones que están bajo del Cielo su belleza y hermosura, echen menos una Catedral proporcionada á una poblacion de tanta nombradia y á la finura y cultura de sus moradores? ¿no desdice que habitando estos generalmente en casas dispuestas con el mayor primor y delicado gusto adornadas con preciosas maderas y esquisitos màrmoles, no haya de tener la suya acabada y perfeccionada el Criador de la naturaleza y de cuanto ella contiene? ¿es regular, decia á este propósito el Santo Rey David al Profeta Nathan, que haya de habitar yo en un Palacio de cedro y el arca del testamento entre pie-

les y con mucha menos decencia? ¿y si esta reflexion de un Monarca abrasado del zelo de la casa de Dios, movió à vuestros ilustres y devotos antepasados á prodigar, digamoslo así, su opulencia en la fábrica de ese nuevo templo ¿por qué ha de continuar siendo un taller público, depósito general de maderas y destinado à otros usos aun mas indecorosos, habiéndolo ellos erigido para guardar y reservar el mayor y mas grande de los tesoros con que pudo enriquecer à los hombres el que tiene sus delicias en estar con ellos?

¿Y es posible que haya de perseverar en ese estado, para que cuantos admiran su magnificencia, yà indigenas yà estrangeros, esclamen al verle *qué lástima de edificio*? ¿permitirá vuestra ilustrada fé, que continúe pronunciándose esa lastimera espresion propia de un Jeremías al considerar el abandono y desolacion de la Ciudad Santa y su Templo? ¿Que? ¿merece el vuestro menos aprecio que aquél celeberrimo de la Judea à donde concurrian á adorar al Dios de Isrrael todos los descendientes de este Padre de doce tribus? ¿ó ignorais que dista tanto la excelencia y gloria del que vamos á preparar, al mismo que ellos reverenciaron, cuanto la verdad de la sombra, la realidad de la figura? Pues si lo sabeis y estais convencidos por la fé de que ha de morar en este, vestido del sayal de nuestra naturaleza, semejante à nosotros

en todo fuera del pecado, el mismo verbo divino, en quien habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente, cuando en aquel solamente se encerraba el arca misteriosa, instrumento de las maravillas del Señor con las tablas de la ley y vara de Aaron, ¿os mostrareis menos generosos, cuando se trata de darle la última mano, que lo fueron aquellos en la construccion del Tabernáculo, primer templo aunque pórtatil erigido al verdadero Dios por Moyses caudillo de su pueblo, y despues de muchos siglos en la del famoso fijo de Jerusalen?

Para que os estimule el ejemplo de los nietos de Jacob cuando se les intimó dar gloria, y mostrarse agradecidos al que multiplicando prodigios y milagros los habia sacado de Egipto y penosos trabajos á que los habia reducido la dureza de un soberbio y cruel Príncipe, recordad brevemente la prontitud y buena voluntad con que ofrecieron cuanto era necesario para la fábrica de aquel misterioso Santuario, que podemos llamar tienda del Dios de los ejércitos, y para el culto que él mismo exijia del pueblo à quien habia colmado de tantos beneficios. Los hombres y las mugeres, se dice en el Exôdo, dieron axorcas, zarcillos, sortijas, brazaletes, vasos de oro, jacinto, púrpura y grana, lino fino, pieles de cabras, pieles de carnero almagradas y de jacinto, metales de plata y cobre y maderas de Setin. Las mugeres mas ingeniosas

ofrecieron tambien jacinto, púrpura, escarlata y lino fino; los Príncipes de las familias, piedras onyquinas, aromas y aceyte: en una palabra todo el pueblo à porfia ofreció dones con un alma devota y en tanta abundancia, que Moyses se vió en la precision de publicar à voz de pregon, que cesasen en sus ofertas, por que ya, á juicio de los artífices habian ofrecido mas de lo que era menester. Con no menos voluntad los que heredaron la fé de los primeros Patriarcas, en tiempo del Rey David entregaron à este religiosísimo Príncipe para la edificacion del Templo, que se habia propuesto erijir en el monte Moria con el fin de colocar en él el arca de la alianza, cinco mil talentos y diez mil sólidos de oro, cinco mil talentos de plata, diez y ocho mil de metal y cien mil de hierro, que importan sumas cuantiosísimas además de todas las piedras preciosas que se hallaron en sus casas.

Finalmente para levantar de las ruinas en que habia estado sepultado ese mismo templo por espacio de cincuenta y dos años durante la cautividad de Babilonia, ofrecieron y dieron espontaneamente sesenta y un mil sólidos de oro y cinco mil mnas aquellos miserables Judios que habian vuelto á su pais de tan prolongado destierro. Tanta era el ansia que tenian de ver reedificados los muros de Jerusalen, restablecido su Templo y ordenado el culto del Señor interrumpido tantos años en Sion.

Por nada suspiraban mas que por volver á oir los dulces cánticos que al son de la citara, del psalterio, del arpa y otros muchos instrumentos, habian resonado de dia y de noche en el monte Santo, y que colgados en los Sauces á las orillas de los rios de Babilonia, les recordaban en la mayor amargura de su corazon las neomenias y solemnidades instituidas para celebrar las maravillas con que el Señor los habia distinguido entre todas las Naciones. Asi que se reputaban dichosos en desprenderse de cuanto tenian de algun precio para conseguir cuanto antes el ver al Dios de los Dioses en Sion y reverenciado en medio de su Templo.

Omitimos continuar la enumeracion de los inmensos tesoros que en diversas épocas y hasta la destruccion del dicho Templo por Tito se encerraban en los gazofilacios, y fueron votos y dàdivas de los que se gloriaban ser solos adoradores del verdadero Dios. Creemos bastarà lo qne solamente hemos apuntado, para que à imitacion suya se excite en vosotros aquel afecto de piedad y religion que los impelía como habeis visto á poner en manos de los ministros del Santuario lo que creian poder servir para mantenerle con esplendor y magnificencia. ¿Y cómo no lo hemos de creer así de vosotros y, que depositareis en la de vuestro Padre y Pastor, sino miles de talentos de oro, por que no los teneis, al menos lo que permitan vues-

tras facultades y el estado de vuestras familias? Sobradas pruebas tiene dadas Cádiz de su desinterés y aun de su profusion en la multitud de toda clase de sacrificios que ha hecho con el fin de defender y sostener á toda costa el Altar y Trono, cuando han vacilado ámbos, para que no dudemos que lo repetirá en la presente ocasion en que se trata de trasladar el altar principal de la Diócesis à otro lugar mas decente. Sabido es el entusiasmo con que en la guerra de la independencia se declaró por ésta en tales términos que todo quanto tenia, dinero, alhajas, ropas y lo que podia servir para mantener los ejércitos, ademas de sus servicios personales, se le hizo poco para que se rescatase su cautivo Rey, y no se mancillase la Religion Santa de sus Padres. Y no fué menor su zelo por ésta cuando la ha sostenido del modo que indican el aseo y adorno de sus Templos, que aun en el dia manifiestan bien á las claras la abundancia de oro que se ha espendido en ellos, y particularmente en ese nuevo, eterno monumento de su largueza, que vamos á perfeccionar.

Vivimos pues, intimamente persuadidos, que lejos de ceder vuestro desprendimiento heredado de vuestros progenitores, al que manifestaron los verdaderos Israelitas en el desierto, y muchos siglos despues en las repetidas ofertas y dones con que contribuyeron à la fabrica y construccion del Ta-

bernàculo del Dios de Jacob, les habeis de exceder à lo menos en la alegria, prontitud y buen corazon, que, en la frase del Apóstol, es lo que mas agrada à Dios. No tememos, amados hijos nuestros, que hagan impresion en vuestra bien cimentada fé los gritos de esa chusma de falsos reformadores que por desgracia se han oido en estos últimos tiempos por toda la tierra; los cuales quisieran que Dios tuviese por templos chozas y por altares montones de céspedes, reputando por desperdicio cuanto se emplea en su decoracion y lustre, y propalando que basta adorarle en espíritu y en verdad, entendiendo esta adoracion segun su fantasia y capricho, y no como la entiende la Iglesia, enseñada por el Espíritu Santo. Esta tierna Madre columna y fundamento de la verdad, que durante las persecuciones mas terribles, carecia de templos y celebraba los augustos misterios de nuestra redencion en cavernas, subterraneos y otros lugares ocultos, ápenas se vió en plena libertad por la proteccion del Grande Constantino, cuando desplegó toda la autoridad que habia recibido de su divino Fundador, y con ella estableció cuanto juzgó convenir para que la Religion Santa del Crucificado, tuviese todo el esplendor, publicidad y magestuoso aparato propio de los grandes é inefables beneficios que ella recuerda á sus hijos en todas sus solemnidades. Desde entónces empezó á verse la suntuosidad, riqueza y brillantez

en sus Templos. El oro, la plata, piedras preciosas, vestiduras sagradas de exquisito gusto y valor y cuanto hay de estimable en la tierra, abundaron en las Iglesias de los cristianos, y éstos con sus oblaciones voluntarias, contribuyeron siempre al servicio del Altar y manutencion de sus ministros con la largueza, que aun hoy dia publican innumerables Templos en todo el orbe católico.

Esta es la regla segura que todos debemos seguir sin hacer caso de esos vocingleros que nos quieren hacer espíritus puros, siendo todos ellos carnales. Separados del redil único, y del verdadero Pastor, no deben oirlos las ovejas porque careciendo de legítima mision, no pueden entrometerse à reformar lo que no necesita de reforma, cuando es todo dirigido por el que ha ofrecido estar en ese mismo redil, que es la Iglesia, hasta la consumacion de los siglos. Que lean el Evangelio si quieren desengañarse los que tanto motejan el fausto de nuestros Templos y á los que los sostienen : allí verán cuanto estimó nuestro Redentor el obsequio que le hizo una piadosa muger en los últimos dias de su vida mortal, ungiendo sus pies con un ungüento preciosísimo, y rompiendo el vaso que lo contenia para que toda la casa se llenase del olor del mismo ungüento. Murmuró Judas, como murmuran esos nuevos y soberbios Profetas, tan generosa accion, valuando en trescientos denarios aquel licor, que ven-

dido podria haberse dado su precio à los pobres: ¿y qué contestó el Maestro humilde de la verdad? que no se molestase à aquella muger, por que habia hecho en su honor una buena obra, que sería predicada y publicada en todo el mundo.

Estad, pues seguros, que es muy agradable á los ojos del Señor el gasto que se hace por honrarle y reverenciarle; si bien es verdad, que semejantes demostraciones de respeto no seràn aceptas en su divina presencia, sino van acompañadas de aquella pura y sana intencion, que es el alma de todas las buenas obras. No hagais alto, si alguno socolor de caridad intenta retraeros de imitar el ejemplo de la que alabó tanto el conocedor del mérito de todas nuestras acciones: fuera de que, como ya os hemos dicho, cuanto alargueis para perfeccionar su templo, ha de servir tambien para socorrer los pobres, y de esa manera, segun el pensamiento de S. Agustin, ungireis al mismo tiempo los pies del Señor, y los limpiareis con vuestros cabellos. El mismo volverá por vosotros, si es que se censuran vuestras dádivas; y se publicará en todo el mundo, que cuando la impiedad y la irreligion condenan la magnificencia, esplendor y adorno de las Iglesias, ó por mejor decir, cuando hay un empeño en su destruccion y en la de los altares, asegurando falsa y sacrilegamente, que Dios no quiere, sino que cada cual le adore en su corazon se-

gun le plazca, Cádiz reprueba públicamente con su conducta esa impía doctrina destructora del culto de Dios, contribuyendo en los tiempos de su mayor penuria para que se concluya su magnífico Templo, obra que inmortalizará su nombre para siempre.

Por nuestra parte, amados hijos nuestros, concluimos yà con la doctrina del Apóstol San Pablo à los Corintios al pedirles socorros para los pobres, asegurandoos con el mismo, que en todo lo que os hemos manifestado no ha sido nuestro ánimo imponeros algun precepto, sino solo aconsejaros. Conocemos vuestra caridad, vuestro zelo, y que nos acompañais en los deseos de que cuanto antes se perfeccione la obra comenzada: y por lo mismo os exhortamos à que seais como el año pasado, es decir, como en los que vuestros Padres se desprendieron con tanta generosidad de sus haberes para emprenderla. Continuad como ellos, dando lo que teneis con alegria, sin violencia y con sola la mira de agradar á Dios. El mide el valor del donativo con el zelo de quien lo dá, y juzgariamos mal de su bondad, si creyeramos, que nos pide lo que no tenemos, ó que nuestra oferta por ser pequeña no merece su aprobacion. Recibiremos pues, con la mayor gratitud y reconocimiento, tanto la pieza de dos cuartos que ofrezca la pobre viuda, como el oro y plata que entregue el rico y poderoso. Nada desecharemos, que pueda servir

de algun modo para que tenga fin lo que hemos comenzado y Nos mismo tomaremos en nuestras propias manos de las vuestras lo que tengais á bien destinar en obsequio del mayor culto de nuestro Dios. Y para evitaros el mas mínimo embarazo en la entrega de vuestros dones y limosnas por pequeñas que sean, ademas de estar autorizados los Párrocos para recibirlas de los que gusten presentarse á ellos, se hallan dispuestas en nuestra Santa Iglesia Catedral, y en las tres sus auxiliares Parroquias, arcas para que en ellas depositeis lo que os sugiera vuestra caridad y permita vuestro estado, cuyas llaves están en nuestro poder, con el fin de evitar aun la sombra de la desconfianza. Y siendo muy justo, que correspondamos agradecidos à vuestra generosidad, à nombre de la Iglesia, y en la forma que ella prescribe os concedemos cuarenta dias de indulgencia, y à todos los demás fieles que hagais ó hagan cualquier servicio en favor de la nueva fábrica, tantas cuantas veces los repitiereis ó repitan. Finalmente como sea cierto que si el Señor no edifica la casa en vano trabajan los que la edifican, os suplicamos encarecidamente que desde hoy y mientras se trabaja en la del Señor, le dirijais vuestras fervorosas oraciones para que derrame sus bendiciones copiosas sobre esa obra propiamente suya, que se ha empezado y continúa para mayor honra y gloria de su Santo Nombre, en

el que os damos tambien amantisimamente nuestra bendicion.

Y mandamos que esta nuestra carta sea leida en las Parroquias de esta Ciudad en tres dias festivos al Ofertorio de la Misa Mayor. Dado en nuestro Palacio Episcopal de Cádiz en el dia de sus Santos Patronos Servando y German 23 de Octubre de 1832.

Fr. Domingo Obispo de Cádiz.

Por mandado de S. I. el
Obispo mi Sr.

Doct. D. Manuel Vicente García
Valdeavellano.
Secret.º